

CONCURSO LITERARIO "RELATOS CORTOS" Lorquí 2017

Categoría: Mayores de 18 años

Título: "Las luces encendidas de las casas"

P.º PREMIO

Me despierto temprano, en la calle siempre amanece pronto.

Hoy, como muchos otros días, abro los ojos masticando tierra. El viento levanta bravas polvaredas en estas calles cubiertas de arenales. Son peores los azotes de los días rabiosamente lluviosos, donde brotan ríos de puro barro que arrastran consigo todo lo deslizable. Esos amaneceres de diluvio, agarro mi tablón de madera y aprovecho para ganarme unas moneditas haciendo de pasarela portátil; donde a veces, también gano unas gracias sinceras o una linda sonrisa.

Cuano todavía sería bebé de teta -no llevo la cuenta exacta- vine de mudanza hasta las afueras de la ciudad con mi mamá y junto a mis cinco hermanos, desplazados de las entrañas de un pueblo, empujados por la sequía y las malas cosechas. Mi mamá debió de empaquetar sus miedos y sus apegos para probarse en otros horizontes de esperanza. Pusimos rumbo a esta colmena cambiante que se ha ido haciendo cada vez más grande y terminó por engullirnos, pero que nos sigue dejando de un lado. Donde apenas conozco a nadie, y casi a cada suspiro, se levantan nuevas casas hechas con materiales conseguidos de aquí y de allá, que con mucha suerte y sin lluvias fuertes, sirven de cobijo hasta el invierno siguiente.

La noche marca la frontera bajando un telón rotundo que cubre el paisaje.

En estas calles no hay alumbrado. Durante el día tienen mucha vida con algunos puestitos de comida y otros de ropa usada. Pero cuando cae la oscuridad cerrada la gente no sale de sus casas, porque de más saben que si lo hacen es bien inseguro. Uno por aquí tiene que cuidar bien de sus cosas y de él mismo. Todos saben que no llegan los coches patrullando para ahuyentar a los mal intencionados, y tampoco se aplican las mismas leyes que en los barrios del norte.

Desde el cerro se ven las lucecitas encendidas de las casas.

Me gusta escalar hasta la órbita del cerro donde puedo disfrutar de una silueta brillante y desparramada. Subido a esos lomos, admiro embelesado sus luces parpadeantes y cazo los brillos que se disuelven como un azucarillo, apagándose poco a poco hasta lugares que marcan una frontera, como anunciando un fin del mundo y el inicio de otro. Mirando en una orientación norte me divierte recrear los trazos de las zonas arboladas de las casas; esas por donde asoman edificios modernos con zonas verdes, de calles asfaltadas y bien iluminadas, donde se adivinan fachadas de fantasía pintadas con bonitos colores.

3

Pero lo me más me gusta es ir a jugar pelota vistiendo la camiseta de mi equipo favorito. Aprovecho para ir los días que nos dejan un terreno y una pelota. Me divierte ser convocado a patear, corretear, gambetear y saltar hasta que no quede luz para acertar a ver. Sueño cada día con ser una estrella de fútbol mundial que gana un sueldo millonario. Si fuera jugador profesional podría comprar una casa con una habitación a cada uno mis hermanos, elegir platos de comida caros o comprarme ropa buena. Por eso, a veces imagino que ha venido a verme jugar un cazatalentos al que pudiera deslumbrar con mis regates, y seguro que en ese mismo momento del juego, me propondría firmar un contrato que me catapulte a la fama. Pero también creo, que los cazatalentos de los que me hablan no sabrían ni ubicarme en el mapa, ni cómo llegar a este rincón de las imperfecciones de la ciudad. Por otra, si eso ocurriera, creo que me pondría tan nervioso como me pongo con las chicas y me moriría de la misma vergüenza. Sería más fácil que vinieran pero que no supiera que me están viendo, como cuando soy consciente de que las chicas todavía no me conocen de verme todos los días, porque entonces me siento más confiado para arrancarme y les digo que nos veremos en ese colegio al que no voy o me invento dónde queda mi casa nueva.

Me conozco al dedillo los mejores escondites de estas callejuelas.

Estiro el ingenio para sobrevivir en las realidades de la intemperie. Cuando la noche me pesca fuera de casa me refugio en cobijos para intentar dormir a pierna suelta. Cada mañana me subo a los buses para pedir con una canción unas monedas que me llenen el fondo del bolsillo. Poco a poco, me estoy cuidando de ahorrar para poderme comprar algunos tintes para zapatos. Me gustaría cambiar esas canciones para limpiar botas.

Esquivo tentaciones atinando a hacer recuento de las monedas que me quedan.

A veces, nos juntamos al final de la partida para jugarnos unas monedas o terminar bebiendo demasiado. Entre malas apuestas y malos tragos, siempre se enciende la mecha de algún barullo del que es mejor alejarse. En ocasiones desorientado, me cuido para que no me quiten las monedas ganadas o el sitio donde voy a ir dormir esa noche. Y es en esos instantes que me vence el sueño, es donde vuelvo a acordarme de mis hermanos, de qué harán las personas de las casas con las luces encendidas, de los juegos de recreo del colegio al que no voy, de mi equipo de fútbol favorito o de aquella chica que me sonrió cantando en el bus. Repaso momentos del día mientras me va visitando una modorra soporífera que me hace caer rendido, anestesiado, hasta que cierro los ojos y espero a que amanezca otro día con su toque de diana, y sin otros sobresaltos peores que toda su luz del día, unas gotas de lluvia o los golpes de tierra que trae el viento.

Seudónimo: Ayla